



Antonio Buero Vallejo

Apunte autobiográfico

No voy a entrar en metódicos análisis de mi teatro. Fijaré aquí solamente el breve recordatorio de algunos de los acontecimientos y hallazgos que, a mi parecer, contribuyeron a determinar mi vocación escénica. Lejanos son bastantes de ellos, pues en la infancia está todo o casi todo. En ella está, por ejemplo, la primera lectura de una abreviada Odisea para niños, que me llevaría a leer traducciones completas años después y, aún más tarde, a elaborar La tejedora de sueños. Pero en mi niñez estuvieron, más que cualquier otra cosa, el dibujo y la pintura, abandonados al fin entre el azar y el desánimo de los años. Tan apasionada dedicación me condujo de muchacho a la Escuela de Bellas Artes. Cursé allí enseñanzas hasta que estalló la guerra civil que tantas cosas truncaría; dejó, no obstante, la pintura su huella en mis obras de madurez. Ficticios pintores han aparecido aquí o allá en ellas, y en dos de las más nombradas los no ficticios Velázquez y Goya. En opinión muy difundida, fueron motivadas estas últimas por agonías españolas del tiempo en que las escribí, expresadas mediante historias del pasado. Algo hay de ello, pero yo se que su embrión late ya en dibujos míos infantiles, donde aparece más de una vez Velázquez en líneas torpísimas y, en uno de esos croquis, situado incluso ante un gran bastidor como en el cuadro de Las Meninas. Otro dibujo curiosamente premonitorio, exhibido va en las exposiciones que me dedicaron en el Teatro Español y en la Biblioteca Nacional, presenta a Goya ante su caballete, contemplando alrededor muchas de las visiones que

configuran su mundo pictórico. Lo tracé a mis quince años y, olvidadísimo cuando escribí *El sueño de la razón*, lo reencontré entre mis viejos papeles bastante después de estrenar la obra. Tampoco falta entre aquellos imperfectos dibujos, y también se presentó en las dos exposiciones mencionadas, otra escena casi teatral de 1934 donde los más notables personajes homéricos se agrupan, en las gradas de un peristilo griego, en torno a su creador. En lecturas primerizas de la niñez podría rastrearse asimismo sin dificultad el origen de bastantes obras mías. Del olvidado y sugestivo libro *Amenidades científicas*, de Vicente Vera, que mi padre poseía, procede el arpa eólica de *La señal que se espera*, obviamente, *Casi un cuento de hadas* proviene de mi infantil disfrute de los cuentos de Perrault; otros varios dramas esconden o muestran según la penetración de cada cual reminiscencias de Wells o del Quijote, que también contaron entre mis lecturas tempranas. Y tampoco carece la creación cervantina de su reflejo en dibujos adolescentes, pero el más antiguo es del todo infantil: lo realicé a mis nueve años y lo guardo en un álbum nunca exhibido.

¿Y la música? Salvo los inevitables tambores y trompetas de los chiquillos nunca llegué a tocar instrumento alguno, pero mi afición es remota. Sabido es que mi teatro usa de ella a menudo, y no como mero adorno de las situaciones sino como ingrediente dramático significativo, cuando no principalísimo. Pues bien, tampoco dejaron de asomar, en antiquísimos diseños, las veneradas efigies de Beethoven o de Mozart.

Si debo mi instintiva inclinación al arte y a las letras más cualificados a mi personal sensibilidad, la debo asimismo, en gran medida, a mi padre. Era él un ingeniero militar que gustaba de la literatura y de la pintura a través de espontáneas predilecciones, y en los libros y revistas de su biblioteca, nunca vetados a sus hijos, llegué muy pronto a gozar de Dumas, de Víctor Hugo, de Conan Doyle, de Maurice Leblanc y de otros, no menos que de numerosos libritos y catálogos de pintores antiguos y modernos. A veces traducía en alta voz del inglés, para mi hermano y para mí, en gratas sobremesas, *La máquina del tiempo*, o nos leía la reciente edición española del Nils Holgersson...

En aquellos años aurorales sentí que mi vocación era la pictórica, pero también leía incansablemente y hasta hilvanaba muy de tarde en tarde el comienzo de algún horroroso poema, por fortuna nunca terminado. Fui descubriendo hermosuras que me cautivaban: *El Alcalde de Zalamea*, *La vida es sueño*, Bécquer, el Romancero, algún inesperado diálogo de Platón que me subyugó como si fuera teatro; y no tardé en embeberme en Julio Verne, en Stevenson, en Dickens, en Swift, en Pó, en tantos otros, a los que pronto se sumaron los escritores del 98, alternados con Shaw o con Ibsen. Mi formación literaria iba creciendo así poco a poco. A ello contribuyeron, en el Instituto de mi ciudad natal, algunos inolvidables profesores.

Menendezpelayista convicto era don Pedro Serrano, catedrático de Literatura, y nos reíamos a veces de aquella devoción suya; con afecto porque era ameno y sabía interesarnos. (Yo, claro, me gané mi sobresaliente.) Don José Albiñana y Mompó, de Latín, no logró aficionarnos a la asignatura lo que he lamentado después tardíamente, pero ¡cuántas ventanas supo abrirnos en las charlas a que su ingenuidad cedía fácilmente ante nuestras astutas instancias! El auxiliar de la misma disciplina, un

cura de mente abierta llamado don Claudio Pizarro, estrechó relaciones con varios de nosotros, que nos congregábamos en su casa para discurrir de mil cosas o de escritores muertos y vivos. Vera, de Dibujo; Vergara, de Geografía e Historia; uno o dos más, fueron asimismo eficaces orientadores. Don Emilio Guinea, de Ciencias Naturales, loco por la Botánica, devotísimo de Baroja y pintor de acuarelas, me brindó entonces una amistad que ha durado hasta su reciente fallecimiento. Si los planes de estudio eran algo deficientes, tuvimos la compensación de estos humanos e ilusionados maestros. Entretanto y con algunas lecturas iniciales de Ortega y de Unamuno entre ellas, cómo no que los años completarían, fui adentrándome en esa aventura íntima que es la Filosofía. Y al tiempo, en la curiosidad por la ciencia: otra forma de la misma aventura interior para los que no nos entregamos al cultivo de ninguna materia científica. Mi padre sí lo había hecho: era profesor de cálculo en la Academia de Ingenieros. Desde pequeñín y durante muchos años he visto el grabado de Sir Isaac Newton colgado en la pared sobre su mesa de trabajo y, ante mi pregunta, de mi padre recibí la primera noción de la importancia de este sabio. Tendría yo diez u once años cuando le oí someras explicaciones acerca de cómo la teoría de Einstein jugaba con el tiempo y el espacio. Aquello me interesó tanto que, desde entonces, no he dejado de procurar informarme, con la apasionada y reverente ignorancia de un profano irremediable y forzosamente reducido a leer las vulgarizaciones escritas por físicos, biólogos o astrónomos, de cuanto se especula y se descubre acerca de los enigmas del cosmos y del hombre.

¿Qué diré del teatro? Sorprende considerar como la vocación definitiva nos trabaja también desde la niñez sin que reparemos en ello. El pintorcete que yo era había obtenido ya de los Reyes Magos, hacia sus nueve años, uno de aquellos preciosos teatritos de juguete, tan bobalicones en los libretos de sus comedias como en cantadores por su ingeniosa construcción y sus bellísimos decorados. Ayudado por mi hermano Paco o por amigos, dirigí en él ingenuas representaciones y ahuequé voces diversas para los menudos personajes de cartulina que me tocaban en el reparto. Pero en la biblioteca paterna tampoco faltaban ¡y en qué cantidad! textos teatrales. Aficionadísimo a la escena, papá nos llevaba a sus hijos a las funciones de las compañías que recalaban en las ferias de Guadalajara y, además, adquiría y encuadernaba algunas de las colecciones populares de aquellos tiempos: «la novela teatral» (significativo título que invitaba a entender el teatro como algo apto para ser leído), «Los contemporáneos», «El Teatro», «El Teatro Moderno», «Comedias»... (No coleccionó mi padre «La Farsa» y nunca he sabido la causa de tal omisión.) Desordenadamente leía yo cientos de aquellas obras, pues no sólo me gustaba divertirme con aquel teatro infantil a que me he referido sino leer comedias para mayores; síntoma, creo, del autor que llevaba dentro sin saberlo. De cómo esta vocación, ignorada por mí entonces, iba edificándose irónicamente a espaldas del pintor en ciernes se creía ser, podría escribir más páginas; recuerdo mi afición a recitar poemas, con no poco tino según decían y sin cantarinos, que tal vez me habría llevado con los años a la profesión de actor si no hubiera sido por mi corta capacidad de simultanear varias dedicaciones cultivando todas a fondo. Y hacia el teatro me encaminé ya a mis catorce y quince años, con pertinaz inconsciencia, a través de otros

juegos que quiero recordar.

Por supuesto que había jugado antes, como cualquier niño, a encarnar personajes predilectos: «Yo era...» decía, «Y yo era...» decían otros chavales al comenzar nuestra fabulación. La peripecia se desenvolvía entonces, a veces, en barrios enteros de la ciudad, ante la sonrisa de las personas que nos veían correr y chillar. Pero pronto nos reunimos, varios amigos del Instituto, a jugar diariamente en casa de uno de ellos. Y después de algunos juegos elementales guerras de barquitos o entre diminutos soldados que nosotros mismos pintábamos fuimos desplegando paulatinamente crecientes esbozos de un «teatro total» o de cine en vivo. Nunca olvidaré aquellas singulares distracciones, con las que fuimos perfectamente felices. La preparación de cada uno de los juegos consumía bastantes días y no era lo menos divertido. Cada cual dibujaba y, coloreaba numerosos personajes: muñecos planos con peana o de otras formas y tamaños según cada juego. Construíamos al tiempo, con cartón o dibujando en planta la disposición y amueblado de las habitaciones sobre tacos de madera que formaban casas y calles, los distintos escenarios. Todo aquello se desplegaba en el cuarto de nuestro amigo y aun en la terraza contigua... Después, y hasta que empezábamos a soñar con la preparación del juego siguiente, desarrollábamos durante muchas tardes fantásticas historias tan imprevisibles como la vida misma. Pues si cada uno premeditaba parte de ellas para sus personajes, las aportaciones de todos se combinaban entre sí en insospechadas incidencias y el complejo argumento se iba enriqueciendo al hilo de los días. Eran verdaderas «creaciones colectivas» sin más público que nosotros mismos: a las personas mayores no se les permitía el acceso. Así nos entretuvimos ¿por cuanto tiempo?, ¿tal vez más de un año? con las más heteróclitas invenciones: la época de los mosqueteros, Napoleón y la suya, el mundo antiguo de griegos, romanos, egipcios y persas en disparatado sincronismo, el de una corte húngara dieciochesca colmada de intrigas y misterios, la encantada comarca de las hadas y los gnomos, los viajes interplanetarios cada jugador tenía su planeta y hasta el sol estaba habitado, por dentro la vida futura... No puedo recordar todas las fantasías lúdicas que ideamos; pero comprendo que, en mi caso, al menos jugaba ya al teatro, más libre. Éramos directores, actores, figurinistas, decoradores e improvisadores de diálogos; movíamos con las manos aquellas incontables figuritas, pero no veíamos nuestras manos. Fuimos, lo he dicho en otra ocasión, emocionados demiurgos.

Con esos juegos irrepetibles me despedí de mi adolescencia. El grupo se iba dispersando; nuevas amistades se contraían; preocupaciones adultas sustituían a las anteriores ensoñaciones. Empecé a comprender cómo aquellos entretenimientos habían sido el privilegio de chicos favorecidos por el relativo desahogo de nuestra modesta clase media y que el mundo no era, ni mucho menos, tan paradisíaco. La inquietud social y política me acercó al marxismo. Ingresaba así en la vida verdadera, con sus responsabilidades, sus luchas y sus peligros, y ello me llevó a la cárcel al terminar la guerra civil. Me sentenciaron a muerte, condena conmutada más tarde. Pasé años en diversos penales. Como Gorki, podría decir que esos años y lugares fueron también, en buena medida, «mis universidades». En el trance de elegir profesión yo había optado por la pintura y no por

una carrera universitaria, lo que acarreó deficiencias en mi formación que sólo en parte he podido remediar a través de voraces lecturas. Pero las otras «universidades» a que he aludido también me formaron, y acaso los núcleos más consistentes de mi teatro posterior procedan de la experiencia y la reflexión en ellas acumuladas. Entregado en las prisiones a un trabajo político nunca interrumpido, no dejé, sin embargo, de dibujar retratos y de leer cuanto pude. Algunos pedíamos libros a nuestras familias y nos los pasábamos. Dábamos clases, o las recibíamos, de materias diversas. Si había biblioteca en la cárcel podíamos sacar de ella libros; así leí en El Dueso, entre otras obras, varios tomos de la Historia Universal de la Universidad de Cambridge y unas cuantas novelas de Galdós. Alucinado por el 98 y por corrientes literarias posteriores, lo había leído poquísimos antes de la guerra y con desfavorables prejuicios. En el penal vine a descubrir, con verdadero pasmo, su grandeza. Había ganado yo, a mis catorce o quince años, un premiecillo literario convocado entre estudiantes arriacenses al que me presenté sólo por divertirme. Quizá para cualquiera, menos para mí, habría estado claro que yo iba para escritor de creación tanto al menos como para pintor. Pero yo ni lo pensaba siquiera; tampoco seguí escribiendo. No lo empecé a pensar hasta mi último año de cautiverio, e incluso imaginé entonces, cuando un compañero de prisión me habló del colegio donde se había educado un hermano suyo ciego, algo del posible argumento de la primera obra que escribí más tarde. En libertad condicional desde 1946, me puse a escribirla y a enfrentarme de nuevo con la pintura al óleo. Me hice socio del Ateneo, trabajé en su biblioteca para sacar adelante algún mísero encarguillo editorial, asistí con asiduidad a la inolvidable tertulia sabatina del Café de Lisboa, asomé por alguna otra del Gijón, me engolfé en la literatura y en el teatro. En 1949 el poeta Garcíasol, amigo entrañable de toda la vida, me convenció de que me presentase al nuevamente convocado Premio Lope de Vega y lo obtuve. Se inició así una actividad dramática llena de dificultades y altibajos, mas no exenta de resonancia y éxitos. Pormenorizar todo ello desbordaría los límites de este escrito. He vivido, desde aquel año hasta hoy, mi intransferible búsqueda de logros escénicos y de personales formas teatrales, dentro de la denodada aventura de los escritores españoles del interior resueltos a crear una literatura crítica y renovadora sin dejarse falsificar o anular por el franquismo lo que muchos, por desgracia, no pudieron evitar, ni por tantos menosprecios sistemáticos de dentro y de fuera. Hablen otros de los resultados.

De la infancia procede, ciertamente, casi todo; pero también me he sentido estimulado, para mi realización artística, por los acuciantes conflictos propios o ajenos y por las tremendas experiencias de nuestro país y de nuestro siglo. Pues no todo lo que mueva la creación literaria está ni debe estar en la infancia.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

